

# Pancho Villa (1878-1923)

*Violeta Cortés Solís\**

## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo nace bajo el auspicio de la duda. Algunas dudas se fueron problematizando en el camino, y me di cuenta de que el discurso histórico elaborado por algunos historiadores encargados de la reconstrucción (cronológica o no) del suceso armado, lejos está aún de devolver una visión de la Revolución ocurrida a inicios del siglo xx.

Sé bien que no es sencilla la tarea del historiador, que la mediación temporal, así como las herramientas o los sistemas políticos bajo los que trabaja el especialista son fuerzas que concommitan con la labor.

Tampoco es que tenga la intención de criticar la ardua labor de los especialistas, sino, en realidad, de comprender o de responder algunas preguntas. Son éstas: ¿qué sucedió durante la Revolución mexicana?, ¿cómo es que Francisco Villa, pese a la contribución decisiva que hace para el derrocamiento del sistema político y económico impuesto por Porfirio Díaz, no es socializado como pilar de la Revolución desde el discurso?, ¿por qué, a cien años de la gesta, México parece encontrarse sumergido en problemas tan graves como los de aquella época?

Por otra parte, en el presente trabajo podrá advertirse un hilo temático. En cada uno de los apartados aparecen Francisco Villa y la División del Norte, dos piezas clave en el engranaje de la historia. En la medida de su esclarecimiento histórico, podrán comprenderse otros fenómenos acaecidos no sólo durante la Revolución de 1910, sino en los ocurridos décadas más tarde bajo la

\* Estudiante de la licenciatura en psicología social de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Xochimilco, [gvioleta.cortes@gmail.com].

inercia bélica, ideológica y dictatorial de algunos de los hombres que hicieron llamarse “herederos de la Revolución” o “jefes máximos de la Revolución”, pues no sólo Plutarco Elías Calles se colgó del brillante título para institucionalizarse en el poder.

Básteme decir que estoy convencida de que la reflexión en torno al fenómeno histórico ocurrido en México a inicios del siglo xx y de sus personalidades puede contribuir a solucionar la delicada circunstancia por la que hoy en día pasa el país. Hubo guerra en 1910 en contra de un sistema político que oprimió al pueblo al que se debía. Hoy en día hay una “guerra” que mucho dista de aquella primera impulsada por hombres y mujeres, intelectuales y políticos, que amaron la justicia y la libertad. Como expreso al final de este trabajo: las guerras no lo son sólo porque así se les nombre.

En cuanto a la disposición de los apartados. El primero, “Antecedentes”, estuvo encaminado a preparar el contexto que permitiera al lector comprender y conocer los orígenes del movimiento armado, la aparición de Francisco Villa en escena, así como los giros que la guerra tomó luego de la terrible muerte del entonces presidente de México, Francisco I. Madero.

“La División del Norte”, segundo, fue resultado de un fenómeno social que en este capítulo se tratará.

En el tercer apartado, la biografía de Francisco Villa, su contribución a la Revolución, así como su pensamiento político se exponen al final por dos razones; la primera es porque se priorizó la relevancia militar de Villa en la Revolución; la segunda, y a manera de síntesis, es porque se busca demostrar que los actos del Centauro fueron congruentes con sus acciones. Francisco Villa fue consecuente con sus ideas hasta el final de sus días, es decir, tuvo una postura ética.

Finalmente, deseo advertir que con este trabajo se pretendió divulgar los sucesos ocurridos en la Revolución mexicana y de Francisco Villa. Saque el lector, pues, sus conclusiones.

## ANTECEDENTES

Lo que antecede a la Revolución mexicana en 1910 es, sin duda, la polarización social y cultural de México. Porfirio Díaz estaba al frente de los festejos del centenario de la Independencia y ter-

minaba su séptimo mandato como presidente constitucional. El dictador había logrado estabilizar al país, al cual gobernaba desde 1876, dividido y con una demanda perpetua de democracia y libertad. La construcción que logró con base en su instinto conciliador era reconocida. Los festejos mostraban al mundo la capacidad de gobernabilidad de Porfirio Díaz.

Durante su gobierno, los levantamientos armados se sofocaban de manera expedita. El general gobernaba, se decía, con *pan y palo*. Fungía como árbitro en todos los procesos. Hacía arreglos mediante prebendas o por la fuerza de las armas.

En 1876, México estaba formado por muchos grupos: los criollos, los mestizos y los divididos en etnias. Estos grupos pugnaban por la paz y la estabilidad. Porfirio Díaz le dio juego a todas las partes en esta tarea pacificadora, especialmente a los mestizos, quienes desempeñaron un papel preponderante en la construcción del país progresista, resultado tras años de gobierno porfiriano.

Pese a sus diferencias con los criollos que siempre miraban hacia Europa como el mejor lugar para vivir y ser educado, llegaba a acuerdos que favorecían a ambas partes.

Así, Díaz entró en calma con los mestizos, que eran aproximadamente la mitad de la población (en 1876, la población total en México era de nueve millones de habitantes), dándoles una amplia participación política. A su vez obtuvo el apoyo de los criollos atendiendo sus problemas económicos, ya que muchos de ellos eran hacendados. Díaz logró pacificarlos cuando se aseguraron de que el dictador no aplicaría la ley sobre sus bienes. Más tarde, los criollos se convirtieron en banqueros, industriales y concesionarios; adquirieron prestigio social. De esta manera eran adeptos a Díaz sin mediación alguna. No había razón para oponerse al dictador.

El tercer grupo que conformaba la población del país eran los indios, quienes, sin embargo, no fueron incluidos en los planes del gobierno, pese a su superioridad numérica, debido a su condición social soterrada y a su posición económica. La esfera política de Díaz no los tomó en cuenta.

Por medio de una fuerte campaña represora impuso una paz necesaria. Porfirio Díaz logró un desarrollo material asombroso. La industria ferroviaria alcanzó, hacia 1910, veinticuatro mil kilómetros de vías; en minas, la fundición de metales preciosos; en

la producción petrolera; surgieron ingenios azucareros en el sur. Los progresos fueron con base en los monopolios y las concesiones de Díaz.

El lema de la administración, *pan y palo*, se impuso en todo el país. Las huelgas de Cananea y Río Blanco fueron una demostración de la brutalidad en contra de los obreros. Sin embargo, el sueño del pueblo se vio violentamente interrumpido por el hambre, la miseria, las enfermedades, los trastornos que la tecnología moderna trajo junto con su progreso.

Porfirio Díaz representaba lo obsoleto, lo caduco. La incipiente clase media necesitaba espacio y lo buscó unido a los jóvenes del norte y sur que, cansados de la miseria, se unirían más tarde a la causa de Madero; también los “bárbaros” arrojados sin misericordia fuera de toda posibilidad de una vida digna harían del movimiento maderista su razón de ser.

El territorio nacional estaba conectado de los centros de producción a los puertos marítimos y terrestres, hecho que fortalecía los negocios e hizo posible la migración, el comercio, el intercambio cultural. En cuanto a la población, en 1876 eran apenas nueve millones de habitantes, para 1910 ya eran quince millones, lo cual evidenciaba treinta años de crecimiento demográfico y económico sostenido (Jean Meyer, 2004:27).

Sin embargo, en México era visible la distancia entre quienes lo tenían todo frente a quienes no tenían nada. Asimismo, por aquellos años se abría paso con dificultad otra clase social: la incipiente clase media. Ésta se encontraba en el porfiriato sin posibilidad de construirse un espacio para progresar, permanecían también oprimidos aunque con ciertas ventajas. La educación recibida no tenía lugar de inserción. El gobierno no había creado espacios para insertar en la vida laboral a la clase media. El positivismo practicado por Porfirio Díaz regía el pensamiento de los hombres en el poder, mientras que la inmensa mayoría de jóvenes estaban apuntando su destino hacia otras ideas.

### *Causas de la Revolución mexicana en el norte de México*

Son tres las causas globales relevantes que provocaron el levantamiento armado en el norte de México durante la Revolución

mexicana: primero, los tipos de población y gobierno; segundo, el apoyo de las distintas clases sociales a la Revolución (hacendados, indios, vaqueros, etcétera); tercero, la situación geográfica, la frontera con Estados Unidos y los medios de comunicación: ferrocarril, teléfono y telégrafo. Aspectos que a continuación se enuncian.

La frontera con Estados Unidos, específicamente Sonora, Chihuahua y Coahuila, es el escenario singular y propicio para el levantamiento armado. Da las condiciones “naturales” del territorio: la Revolución se gestó, es decir, tomó fuerza y dio el golpe para la expulsión de Porfirio Díaz con la toma de Juárez, y comenzó así la conquista del país, iniciada por Francisco I. Madero.

Antes de que llegara Díaz al poder, los estados de Sonora, Chihuahua y Coahuila gozaban de una existencia, prácticamente autónoma. Remotos y aislados, no solamente del resto de la república sino del resto del mundo, virtualmente independientes en lo político y autosuficientes en lo económico, eran la columna vertebral de la frontera norte de México [Katz citado por Lorenzo Meyer, 1987:29].

Tal como se advierte en la anterior cita, la condición geográfica y étnica del norte del país hizo posible, entre otras circunstancias, el uso regular de armamento, el manejo de caballería, las nuevas tecnologías (telégrafo, ferrocarriles, armamento de punta, teléfono, entre otras), la comparación de las condiciones laborales, la independencia de los labriegos y vaqueros, la posesión de caballos y pistolas, además de las vastas extensiones de tierra y la baja densidad demográfica. Dice Katz:

Eran propietarios individuales de sus tierras y tenían derecho a venderlas o a comprar tierras adicionales. Generalmente poseían más tierra y más ganado que los campesinos libres de otras regiones de México. Sus comunidades tenían derecho a una mayor autonomía interna y los colonos militares tenían no sólo el derecho sino el deber de portar armas [Lorenzo Meyer, 1987:31].

Por otra parte, algunos hacendados se unieron a la Revolución molestos por la imposición de los gobernantes, por la negativa de parte de Porfirio Díaz a darles participación y autonomía, por lo que desempeñaron un papel preponderante para la gestación de la Revolución en el norte de México.

Así, esta región había estado en permanente conquista del territorio originalmente en posesión de los apaches, de los indios nómadas yaquis, a los que casi se les llevó al exterminio con los años. En esta lucha por mantenerse libres de las agresiones de los indios, los hacendados del norte se hicieron diestros en el uso de armamento, pertrechos que compraban con facilidad en el sur de Estados Unidos. De esta manera, crecieron las estrategias “militares” para repeler las agresiones de los indios nativos, defendiendo cada vez con mayor eficacia sus haciendas y ganado. Los asaltos regulares por parte de los indios nómadas provocaron una práctica de defensa y asimilación de riesgo constante, tal como se puede observar a continuación:

La condición general de la población era semejante en todo el país, sin embargo el norte estaba básicamente constituido por tierras de grandes rebaños y grandes minas, con poca población y no era resultado del mestizaje, ya que habían combatido los hombres del norte a los nómadas Yaquis guerreros, hasta casi desaparecerlos. Poseían grandes extensiones de tierras. Mientras que en el sur, las circunstancias eran otras, aquí se conserva el ideal comunitario de los campesinos ligados a su tierra [Jean Meyer, 2004:27].

La gente del norte siempre estaba armada, manejaba bien el caballo como medio y hacía vigilancia permanente de sus bienes. El trasiego del ganado requería de hombres valientes y aguerridos que lo llevaran a buen fin, evitando las bajas humanas y de las bestias. No existía ni la esclavitud ni el vasallaje.

En contraste, en el sur del país, el campesino no estaba armado y dependía de la agricultura básicamente, ya fuera como pequeño propietario o como peón de hacienda. No era necesario que todos estuvieran armados, sino que había algunos que cuidaban y otros no. El machete, la hoz, el pico eran sus herramientas de trabajo, y casi nadie era dueño de su caballo. Se les mantenía aislados, en un sistema de “servidumbre por endeudamiento”, “el estricto aislamiento y supervisión de los peones hacía extremadamente difícil organizar una revolución”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Lorenzo Meyer define *servidumbre por endeudamiento* como una transacción salarial, “Por [medio de la] cual el patrón adelantaba salarios al peón, obligándose éste a trabajar hasta cubrir la deuda; como ésta se renovaba continuamente para cubrir

Hacia la década de 1880, la construcción de los ferrocarriles en el norte abrió la posibilidad de un mayor y mejor comercio con Estados Unidos. La inversión extranjera en todo México y especialmente en el norte no tuvo precedente. Fue entonces cuando las tierras baldías adquirieron un valor alto. Las expropiaciones de las mismas corrieron como agua. Los arrieros, los campesinos y los indios fueron despojados de sus tierras. También los antiguos terratenientes perdieron su poder político ante la imposición de Díaz de quitarles su autonomía e imponerles autoridades municipales.

Estos tres grupos sociales se encontraron agraviados, solos y cercanos en su meta: derrocar el sistema que los había oprimido. Hacia 1910 estos grupos tenían no sólo el entrenamiento casi natural de las armas, sino la claridad ideológica y el sustento de la razón para enfrentar al gobierno de Porfirio Díaz por la vía de las armas, aunque en un inicio enarbolaron la bandera de Francisco I. Madero, que propuso que la transformación fuera por la vía de la democracia o la guerra de votos y del “Sufragio efectivo, no reelección” que promovieron los hermanos Flores Magón por medio del Partido Liberal Mexicano, antecediéndolo en ideas y acciones.

### *El levantamiento de Francisco I. Madero*

Hacia 1902 el Club Liberal Ponciano Arriaga promovió un movimiento social nacional con miras a derrocar a Porfirio Díaz, liderado por los hermanos Flores Magón por medio del Partido Liberal, de fuerte tendencia anarcosindicalista. Gracias a la publicación del diario *Regeneración* lograron una gran influencia en los distintos estratos sociales, pero sin alcanzar a influir en el campesinado (Lorenzo Meyer, 1987:67).

Hacia 1910 también estaba en pugna El Partido Democrático con su candidato, el general Bernardo Reyes, gobernador del estado de Nuevo León y ex secretario de guerra y marina del gobierno porfirista, cuya fórmula fue: “Díaz para la presidencia y

---

el costo de la vida, la deuda no se saldaba jamás, heredándose inclusive de padres a hijos” (Lorenzo Meyer, 1987:37).

Reyes para la vicepresidencia", (Silva Herzog, 1980b:81) con la esperanza de asumir el poder una vez que Díaz falleciera. Se especulaba entonces, dada la edad de Díaz de casi ochenta años, que pronto moriría. Las bases militantes de este partido se encontraban en las altas esferas de la sociedad mexicana sin apoyo de la clase baja, ya que estaba nutrido por jóvenes entusiastas de las clases cultas, oficiales jóvenes y abogados (Porfirio Díaz citado por Lorenzo Meyer, 1987:71), además de las logias masónicas, los burócratas modestos y el ejército. Sin embargo, Reyes sería exiliado por Porfirio Díaz para sacarlo de la contienda electoral.

Dichos partidos eran la respuesta social del desencanto de la población por el régimen del dictador, puesto a prueba en las huelgas de Río Blanco y Cananea.

Por su parte, Francisco I. Madero y el Partido Antirreeleccionista hicieron su aparición en la escena política después de las declaraciones de Porfirio Díaz hechas el 17 de febrero de 1908 a un periodista extranjero llamado James Creelman, del *Pearson's Magazine*: "He esperado con paciencia el día en que la República de México esté preparada para escoger y cambiar sus gobernantes en cada periodo sin peligro de guerras, ni daño al crédito y al progreso nacionales. Creo que ese día ha llegado", explica el viejo. No obstante, llegado efectivamente el momento e iniciada ya la campaña antirreeleccionista, el gobierno de Díaz utilizó todos sus recursos para impedir unas elecciones democráticas. A partir de entonces, Madero y sus simpatizantes radicalizaron sus posturas que llevarían al levantamiento armado.

Francisco I. Madero nació el 30 de octubre de 1873 en la hacienda El Rosario, municipio de Parras, Coahuila. Hizo sus estudios en Estados Unidos y Europa. De regreso a México, al hacerse cargo de la hacienda de su padre, mostró carácter y espíritu filantrópico. En 1904 fundó y dirigió el Club Democrático Benito Juárez en San Pedro de las Colonias, Coahuila; esta organización también editaba el semanario *El Demócrata*, que exaltaba el valor de los derechos humanos, del voto y la libertad.

Para cuando Francisco I. Madero se lanzó como candidato a la gubernatura de México, el país estaba entre dos mundos, y en él habitaban dos tipos de ciudadanos: los inmensamente ricos y los terriblemente hundidos en la miseria. El progreso porfiriano había traído consigo una polarización antagónica de clase y cul-



tura (tal como actualmente sucede): unos cuantos hombres eran extremadamente ricos y una inmensa mayoría estaban sumidos en la pobreza.

Habían sido treinta años de *mucha administración y poca política*. Un tiempo de represión a ultranza. Crecieron las tensiones, la crisis. El costo de la vida se elevó. El México de 1910 era, en realidad, un gran número de pueblos, la mayoría empleados en la agricultura y una creciente población urbana; escena en la que ingresa Madero.

Madero ya había dado muestra de su posición política en 1909 con su libro *La sucesión presidencial*, en el que declara que “los problemas fundamentales de México eran el absolutismo y el poder irrestricto de un hombre” y exhortaba a luchar por elecciones libres y por el principio de no reelección. Sin embargo, en este libro no se hace mención al tema de la reforma agraria. Madero nunca consideró la vía de las armas como alternativa para el cambio que requería el país. La Revolución mexicana debía ser más bien un cambio pacífico, transitorio de poderes, dejar “al menos al pueblo elegir al vicepresidente”.

El 24 de septiembre de 1906 rehusó proporcionar armas a Prisciliano G. Silva, alegando que “El general Díaz no es un tirano: es algo rígido, pero no un tirano y aún cuando fuera un tirano, yo nunca prestaré ninguna ayuda para hacer una revolución, pues tengo verdadero horror por el derramamiento de sangre” (Francisco I. Madero citado por Cockcroft, 2005:148).

Los seguidores de Madero en un inicio eran sólo miembros de la clase media e intelectuales, pero una vez que Bernardo Reyes fue exiliado, el movimiento maderista fue apoyado por las clases bajas. Este grupo creciente de adeptos obligó a Porfirio Díaz a emprender una campaña de acoso en contra de Madero, declarando ilegales las reuniones de su partido, hasta lograr la aprehensión de Madero poco antes de las elecciones en las que resultó electo nuevamente Porfirio Díaz. El Apóstol de la democracia trató de combatir la reelección de Porfirio Díaz por considerarla ilegal y sin apoyo social. Con la promulgación del Plan de San Luis Potosí, por ejemplo, declararon nulas esas elecciones.

El 4 de octubre de 1910 se promulgó el decreto que declaraba presidente y vicepresidente electos a Porfirio Díaz y a Ramón Corral, respectivamente. La revolución maderista en la que hacía el

llamado al levantamiento de armas en contra del actual gobierno (Porfirio Díaz) empezó con el nombre de San Luis.<sup>2</sup> Ahí declaraba nulas las elecciones, ilegítimo el régimen derivado de ellas y espurios a los nuevos representantes populares, y otorgaba a Madero el carácter de presidente provisional de los Estados Unidos Mexicanos y convocaba a la insurrección el 20 de noviembre de 1910 a las 6 de la tarde, revolución que no empezó sino hasta mayo de 1911. Las consecuencias de esa convocatoria abrieron paso a la formación de los nuevos levantamientos sociales y, por tanto, a una nueva época en la historia de México.

El levantamiento de Madero se inició por el norte del país en ciudades como Culiacán, Guadalajara, Chihuahua y Hermosillo, algunas otras del estado de Veracruz y Puebla. A excepción de Chihuahua, donde la Revolución desde un inicio resultó victoriosa, la maderista tuvo altibajos, por lo que la rebelión maderista se arraigó en la zona de las montañas y minas (Chihuahua y Durango). La rebelión se extendió hacia las zonas mineras de Sonora y se produjo el levantamiento de las minas de Chihuahua, que fracasó, pero fueron prueba de los núcleos rebeldes en contra de Porfirio Díaz. Es decir, la revolución maderista se dio por medio de pequeños grupos armados en el país; así, para abril de 1911, la rebelión se había extendido ya en gran parte del norte de país.

La fase militar de la revolución maderista fue muy breve y concluyó a principios de junio de 1911 con la dimisión del ejército. Con los Tratados de Juárez acordaron la renuncia de Díaz, que firmó y salió del país el 25 de mayo de 1911. Francisco León de la Barra ocupó interinamente la presidencia de la República. Francisco I. Madero entró triunfante a la ciudad de México, el 7 de junio de 1911 y, tras las elecciones de octubre, ocupó la presidencia el 6 de noviembre, mientras la vicepresidencia recayó en José María Pino Suárez.

<sup>2</sup> El Plan de San Luis consta de quince artículos, entre los cuales se encuentran cuatro transitorios. En el 1° se declaran nulas las elecciones; en el 2° se desconoce el gobierno de Porfirio Díaz; en el 3° se solicita la restitución a los antiguos poseedores de sus predios; el 4° consagra el principio de la no reelección; en el 5° se declara a Madero presidente provisional; con el 7° se señala el 20 de noviembre para la toma de las armas. Estos apartados son los más significativos, el resto junto con el 6° son circunstanciales (Silva-Herzog, 1980b:152).

Madero fue elegido presidente el 1° de octubre de 1911 por una votación abrumadora de 98% de los votos. Adscrito a la vieja legalidad, quiso clausurar la agitación y las expectativas recientemente abiertas del país que quería gobernar para establecer en una república convulsionada un nuevo gobierno con un nuevo orden, pero encontró resistencia en el pueblo. Su gobierno duraría quince meses, en los cuales enfrentó rebeliones armadas, huelgas, conspiraciones e intrigas contrarrevolucionarias.

Sin embargo, la decisión de Madero de negociar con los grupos de poder y de no escuchar a la sociedad dieron muestra de su poca voluntad política por cambiar las circunstancias de injusticia profunda que había en la sociedad mexicana, lo cual causó desaliento incluso en sus más cercanos colaboradores.

Martín Luis Guzmán señaló que a escasos quince meses de haber tomado el poder y en vísperas de su caída, el presidente Francisco I. Madero había pasado del líder intensamente popular que fue en un principio a uno despreciado y atacado ferozmente por los miembros del antiguo régimen, ridiculizado por una “prensa innoble” que mal pagaba la libertad que el nuevo gobierno le había dado; y una buena parte de sus partidarios originales lo habían abandonado o se manifestaban desencantados porque como jefe del gobierno “no había acometido la obra revolucionaria al otro día de su encumbramiento, y eso, transitoriamente, lo aniquilaba” [Lorenzo Meyer, 2001].

Ciertamente, Francisco I. Madero no había considerado el reparto agrario como parte de sus acciones gubernamentales. Hablaba de libertad de espíritu básicamente, de libertad de asociación y de culto. Él mismo era practicante espiritista. Eran otros sus intereses y sus preocupaciones, como lo manifestó en todos sus discursos de campaña. Fue consecuente con sus declaraciones, que nada tenían que ver con las necesidades reales del pueblo.

Madero fue quien jaló del listón que abrió las compuertas de la Revolución, fue un actor que representó una acción casi inconsciente. En vísperas de ir a la capital a tomar posesión del cargo como presidente dirigió un discurso a sus seguidores en San Pedro de las Colonias, Coahuila, el 21 de octubre de 1911, donde hizo hincapié nuevamente de sus anhelos particulares:

Conciudadanos: [...] mi gobierno procurara regenerar y elevar al pueblo mexicano, procurará combatir el alcoholismo y los demás vicios; que las luces de la enseñanza lleguen a los lugares más lejanos del país.

Bien saben que ese ha sido siempre mi modo de pensar y en pequeño aquí lo he practicado en las fincas que estuvieron a mi cargo, por consiguiente, buena voluntad la habrá, y si el pueblo mexicano me ayuda en mi tarea como tengo la seguridad, llevaremos a nuestra patria hasta la altura que ambicionamos todos los mexicanos. En esos cinco años, no podemos tener la pretensión de cambiar por completo el carácter nacional y hacer de nuestra patria lo que deseamos, pero sí podremos en estos cinco años de trabajo constante y laborioso, sentar las bases incommovibles del engrandecimiento de la república mexicana [Madero, 1911:1-2].

En noviembre de 1911, Zapata se rebeló contra Madero en Morelos a causa del retraso en la restitución de las tierras a las comunidades indígenas, punto que se había acordado en el Plan de San Luis.<sup>3</sup>

Lo que a nosotros interesa –dijo Zapata– es, que desde luego, sean devueltas las tierras a los pueblos y que se cumplan las promesas que hizo la revolución, Madero contestó: Todo eso se hará; pero en debido orden y dentro de la ley, porque son asuntos delicados que no pueden ni deben resolverse por las autoridades del Estado. Lo que conviene de pronto –agregó– es proceder al licenciamiento de las fuerzas revolucionarias, porque habiendo llegado al triunfo ya no hay razón de que sigamos sobre las armas [Mancisidor citado por INEGI, 1986:37].

El caudillo del sur, desconfiando de la posición de Madero, se mostró renuente a deponer las armas si no se restituían las tierras a la comunidad que representaba. Emiliano Zapata se había lanzado a la Revolución animado sobre todo por la promesa de restitución de tierras, en marzo de 1911, junto con Torres Burgos en Morelos, pero se sintió defraudado y traicionado por Madero y le declaró la guerra mediante el Plan de Ayala.

<sup>3</sup> A juicio de Reyes Heróles, el apartado tercero, párrafo 3, es el más importante del Plan de San Luis, el cual influyó para que millares de campesinos se sumaran al movimiento revolucionario, y hubiera levantamientos en muchos lugares del país desde el 20 de noviembre en adelante.

Aunado a todas estas rebeliones y conflictos estaba también la prensa, que atacó constantemente a Madero e influyó de manera decisiva en incitar la desconfianza de la opinión pública al régimen. Durante el año de 1912 el embajador estadounidense Henry Lane Wilson amenazó y atacó al gobierno de Madero por diferentes medios.

Las tensiones llegaron al límite cuando estalló la revuelta de Félix Díaz, sobrino de Porfirio Díaz, que se enfrentó con las tropas federales del general Victoriano Huerta en la misma ciudad de México. El 18 de febrero de 1913, después de nueve días de bombardeos, hecho conocidos como la Decena Trágica, Huerta y Díaz se entrevistaron con el embajador estadounidense Henry Lane Wilson, y los tres concretaron un pacto contra Madero.

El 9 de febrero de 1913, la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan y la tropa del cuartel de Tacubaya se levantaron en armas contra el gobierno. Madero se trasladó del Castillo de Chapultepec al Palacio Nacional; antes de llegar, nombró a Victoriano Huerta como jefe de la plaza, ya que el general Lauro del Villar había sido herido defendiendo este lugar. Al llegar al Palacio, Madero organizó la defensa, pero el 17 de febrero fueron hechos prisioneros. Lane Wilson ofreció a Huerta y a Díaz el edificio de la embajada estadounidense para que llegaran a acuerdos finales, en lo que se llamó el Pacto de la Embajada. En este pacto se desconocía al gobierno de Madero y se establecía que Huerta asumiría la presidencia provisional antes de 72 horas. La Decena Trágica fue un periodo de diez días. Éste culminó con el asesinato del presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez, y la ascensión a la presidencia de Victoriano Huerta.

### *La incorporación de Villa en 1911 a la Revolución mexicana*

Tres hombres anteceden a la presencia de Francisco Villa en la Revolución mexicana en el estado de Chihuahua, los cuales allanaron las condiciones para que el caudillo hiciera la primer defensa exitosa de las causas de la Revolución: Abraham González, dirigente del Partido Antirreeleccionista; Pascual Orozco, dirigente militar del movimiento revolucionario en Chihuahua, y Silvestre Terrazas (la oveja negra de la familia Terrazas), principal

precursor intelectual y mentor de la Revolución en el norte (Lorenzo Meyer, 1987:79). Francisco Villa denunció las condiciones penosas que padecía la gente de Chihuahua en los tiempos de los Creel-Terrazas, que no eran diferentes en todo el país; denunció los abusos constantes, los atropellos cometidos y el despótico sistema político. Es innegable que, cuando Abraham González presentó a su candidato, Francisco I. Madero, a Villa, éste ya había sido transformado por los caciques en un autodidacta luchador social que analizó la condición desigual en que vivía. Por eso se entiende que enarbolará la bandera maderista y se sumara a la lucha en 1911.

A mí, como a todo habitante de Chihuahua, me tocó también el honor de regalar mi trabajo a los poderosos caciques de este pueblo. Estaban resueltos a hacer la competencia a todo, a monopolizarlo todo, a vivir sólo ellos, y claro está que no podían permitirle a un modestísimo vendedor de carne realizar una venta y obtener una ganancia, por insignificante que fuese, sin perjuicio de que el despojado siguiera desempeñando su trabajo [Francisco Villa citado por Villa y Villa, 2003:370].

Francisco Villa era, en el momento que Abraham González lo contactó, un prófugo de la justicia, un bandolero perseguido por las autoridades de Durango y Chihuahua; sin embargo, el presidente del Partido Antirreeleccionista, que preparaba desde tiempo atrás toda clase de operaciones que facilitarían el levantamiento armado, había puesto los ojos en él para que se sumara a la causa de la Revolución. Así fue que tras varios intentos logró por fin que Villa aceptara la cita y se presentara en el local del Club Antirreeleccionista, la casa número 259 de la Calle Tercera.

Cuenta Silvestre Terrazas que Abraham González apreciaba la "listura" y determinación de Villa, que eran cualidades más que necesarias para enfrentar al régimen. En ese primer encuentro se dio la oportunidad de ver la velocidad de defensa de Francisco Villa (Terrazas, 1984:16).

En dicha entrevista fue avisado Francisco Villa de las intenciones de insurrección y, generoso como era, aceptó sumarse a la causa, entrando en detalles de las posibilidades de ataque a determinadas poblaciones. Villa, que gozaba de una memoria prodigiosa, podía, se decía, con los ojos vendados atravesar de

Chihuahua a Mazatlán, Sinaloa, sin perder a su gente, sin padecer por agua o alimento. Podría dirigir a una fuerza armada. Estas eran las cualidades que en ese momento eran tan urgentes para Abraham González y el proyecto de Francisco I. Madero.

Las entrevistas entre Abraham González y Francisco Villa dieron como resultado una fuerte alianza, sincera y próspera. De esos días, Francisco Villa recuerda:

Allí sentí por primera vez que mi latente rebeldía contra toda opresión y toda forma de vasallaje cobraba forma definida y orientación determinada. Allí vine a comprender, por primera vez, que todas las amarguras, todos los odios, todas las rebeldías acumuladas en mi alma en tantos años de sufrir y de luchar, me daban una convicción, una fortaleza, una energía y una voluntad tan clara, que debería yo ofrecérselas a mi patria [Francisco Villa citado por Villa y Villa, 2003:374].

Francisco I. Madero leyó el Plan de San Luis a Francisco Villa, en el que, indudablemente, el después general se encuentra referido como uno de esos millones de pobres, oprimidos, despojados, urgidos en este plan de “enfrentarse no sólo al tirano y a su potente máquina de destrucción y de aniquilamiento sino desafiando la indolencia del pueblo” (Villa y Villa, 2003:374).

El después coronel de la División del Norte se dio a la tarea de “escoger” a quince hombres de su confianza, probados como valientes y esforzados para ir formando una fuerza militar insurgente. De esa decisión cuenta lo siguiente: “Cuando estuve perfectamente convencido de la inmejorable calidad de los quince hombres que había yo escogido y que iban a seguirme en mi empresa revolucionaria, me dirigí con ellos a Chihuahua” (Francisco Villa citado por Villa y Villa, 2003:377).

El 4 de octubre de 1910 se instalaron los siguientes revolucionarios maderistas en la casa número 500 de la calle Décima en Chihuahua: Francisco Villa, Eleuterio Soto, José Sánchez, Feliciano Domínguez, Tomás Urbina, Pánfilo Solís, Lucio Escárcega, Antonio Sotelo, José Chavarría, Leonidas Corral, Eustaquio Flores, Genaro Chavarría, Andrés Rivera, Bárbaro Carrillo, Cesáreo Solís, Ceferino Pérez.

Abraham González dejó a Villa bajo el mando de Cástulo Herrera, el 17 de noviembre de 1910, dándole la orden de que se di-

rigiera hacia el sur de Chihuahua, a San Andrés. Partió Villa con sus quince hombres bajo las órdenes de Cástulo hacia la Sierra Azul. Es así como se incorpora a la revolución maderista.

## LA DIVISIÓN DEL NORTE

Como se podrá observar en el presente apartado, se aborda desde distintas perspectivas el proceso de formación de la División del Norte, así como su importancia histórica dentro de la Revolución mexicana. Para ello es necesario advertir que fue el ejército más importante del periodo revolucionario comprendido entre 1910-1915.

La División del Norte fue ejemplar tanto por su organización administrativa como por su aspecto militar de fuerza y armamento, así como por sus logros. Ésta fue sólo una de las fracciones militares bajo el mando del general Francisco Villa, ya que el Ejército Convencionista estuvo conformado por el Ejército Libertador del Sur y algunos otros cuerpos revolucionarios. A partir de su unión con los convencionistas (1914), se inició la decadencia de la División del Norte, que desapareció totalmente a fines de 1915 luego de ser derrotada en Aguascalientes y en algunas otras plazas del estado de Sonora. Sin embargo, esto no quiere decir que con ello terminara el villismo, aunque sí su ejército organizado, pues, aunque su lucha continuó hasta 1920 (año en que depone las armas) mediante la táctica de guerra de guerrillas, no tuvo ya un plan preconcebido.

### *Formación de la División del Norte*

Es importante aclarar que la División del Norte era parte del cuerpo militar de México, creado bajo ese nombre en 1911. Con la traición de Orozco al movimiento maderista en 1912, se alista el ministro de guerra y marina del presidente Madero, González Salas, a combatirlo, y para ello organiza el cuerpo militar llamado la División del Norte. A la lamentable derrota de este cuerpo militar en una emboscada por los orozquistas, González Salas se sui-



cida y, en su lugar, Madero asciende a Victoriano Huerta,<sup>4</sup> quien, por su amplia experiencia militar, da la victoria a la División del Norte, que en tres meses cruza el Cañón de Bachimba.

Por ese entonces, Francisco Villa comandaba un ejército formado sólo por hombres valientes, aguerridos, sin preparación. Asimismo, en el primer encuentro personal del presidente provisional Francisco I. Madero, en la Hacienda de Bustillos, éste se entera de las condiciones de los hombres de Villa. “Madero: ¿Cuánta gente tienes?, el Centauro del Norte refiere: Setecientos hombres mal armados, señor presidente”.

Este era el cuerpo en ciernes de la futura División del Norte, que luego quedaría bajo su cargo, antes de tomar Ciudad Juárez, junto con Pascual Orozco (Villa y Villa, 2003:423), en abril de 1911.

Así, no fue sino hasta la campaña en contra de Huerta que toma nombre el ejército de Villa, cuerpo que ostentó, bajo el mando de Villa, una organización administrativa férrea, aspecto propiamente militar; fuerza y armamento (Langle, 1961:7).

Respecto del contraste con los ejércitos en pugna, el federal y el villista, resulta ejemplar lo referente a su constitución. Francisco Bulnes (1920:302) señala del ejército Federal:

En 1910, sólo había en el país cuatro generales de división: el general Díaz, con sus ochenta años, [...] el general Jerónimo Treviño, que no le era adicto con setenta y nueve años, [...] el general Manuel González Cosío, ochenta años de edad, [...] y el general Bernardo Reyes, setenta años de edad, instruido en maniobras de caballería y que jamás había mandado en jefe una brigada en combate [Bulnes citado por Langle, 1961:19].

El cuerpo militar del ejército federal era reclutado por la “leva” odiada de todos y por reos a quienes se les conmutaban sus delitos. El ejército villista, futura División del Norte, estaba dirigido por dos hombres valientes y jóvenes: Pascual Orozco y Francisco

<sup>4</sup> Victoriano Huerta Ortega (Ocotlán, Jalisco, 1845-Texas, 1916) fue egresado del Colegio Militar como ingeniero geógrafo, y se distinguió en matemáticas y astronomía. En el gobierno de Porfirio Díaz, combatió las rebeliones en Yucatán y en Guerrero contra los primeros zapatistas. En 1913 traiciona a Madero, conspirando con Bernardo Reyes, Félix Díaz y el embajador de Estados Unidos. Toma la presidencia de México tras asesinar a Madero y Pino Suárez.

Villa. Así, quienes se adherían a Villa lo hacían convencidos de su causa. Esta diferencia en el origen, en parte da cuenta del destino final de sus batallas.

Las fuerzas irregulares de Francisco Villa en el norte no sumaban más de 400 hombres. El presidente Madero le pidió que se incorporara junto con su gente a la División del Norte bajo el mando de Victoriano Huerta, que por decreto presidencial fue ascendido a general honorario, jefe de la brigada irregular.

Fue bajo las órdenes de Victoriano Huerta que Pancho Villa adquirió conocimiento de tácticas de guerra militar propiamente dicha y de uso de artillería pesada. Formó parte de varios enfrentamientos y, a juicio del general Juan Barragán Rodríguez y del general Guillermo Rubio Navarrete, jefe de la artillería de la División del Norte, Francisco Villa fue factor decisivo para la victoria del gobierno maderista.

Así, la "listura" de Villa notada por Abraham González mostraba lo sensible que había sido al elegirlo. La recomendación de Madero para que Villa fuera nombrado como general honorario a causa de su conocimiento del terreno se vio engrandecida con la "toma de nota" de Francisco Villa, pues rebasó en mucho a Huerta, como se verá más adelante, en la refriega de las luchas.

Se puede decir que la estancia de Francisco Villa dentro del cuerpo de la División del Norte de Huerta fue su escuela. La separación de Villa del ejército de Huerta se debió, como refieren muchos, a la posesión de una yegua. Pretexto tramposo de Huerta para mandarlo fusilar: lo acusó de insubordinación; Villa fue encarcelado en Santiago Tlaltelolco, en la capital, de donde se fugó.

Tras el asesinato del presidente Francisco Madero y la usurpación de Victoriano Huerta, se vuelve a escuchar en los campos: "¡Viva Villa!". Era 1913.

Una vez que regresa Pancho Villa tras derrotar a los federales en San Andrés, se le van uniendo otras pequeñas fuerzas insurgentes: Fidel Ávila, Maclovio Herrera, Tomás Urbina, Calixto Contreras, Aguirre Benavides, Yuriar y Juan E. García. Otros grupos sin cabeza pero también fuertemente armados. La fuerza militar de cada uno de ellos variaba, había algunos cuerpos de doscientos hombres, otros traían poco más de seiscientos hombres. Así, las fuerzas revolucionarias poco a poco fueron sumándose hasta ser más de cinco mil hombres. Hubo entonces necesidad de que se

diera el nombramiento de quien los dirigiría. Se reunieron en la loma a deliberar sobre quién tomaría la dirección, y Francisco Villa fue elegido de entre los jefes para llevar el mando como general en jefe (Guzmán, 1998:165), y a su orden inmediata se iniciaron los preparativos para la toma de Torreón (Langle, 1961:43). Entonces, "Francisco Villa, aparece como caudillo gigantesco de la revolución a través de las estepas de Chihuahua y penetra vengador y victorioso en cien combates a los campos de la historia como un centauro vibrante y gigantesco" (Torres, [s. a]:13).

En cuanto a la parte propiamente militar, éste organizó tres cuerpos: infantería, caballería y artillería, al frente de la cual puso al general Felipe Ángeles. Nadie mejor que él para esta tarea. La División del Norte de Villa tenía también un Departamento de Sanidad, con un magnífico cuerpo de médicos y enfermeras auxiliados por un buen número de soldados, los cuales recogían los cuerpos del campo de batalla.

Es importante destacar que el grueso de los generales de la División del Norte de Villa estaba formado por un cuerpo heterogéneo, que no tuvo por ejemplo el zapatismo, cuyas bases fueron propiamente campesinas. En el caso de la División del Norte, muchos de los hombres que se le unieron eran administradores de haciendas, como es el caso de Tomás Urbina y Nicolás Fernández, y capataces de rancheros ganaderos, como Fidel Ávila, que más tarde sería gobernador de Chihuahua. La composición del ejército en sus bases contenía campesinos y miembros de la clase media, obreros, ferrocarrileros, mineros y desempleados.

### *Batallas de la División del Norte*

Las batallas que enfrentó la División del Norte, una vez que Francisco Villa comandó estas fuerzas armadas, son las siguientes: la toma de Torreón, Ciudad Juárez, recuperación de Torreón y Zacatecas. Todas estas para derrocar a Victoriano Huerta con rotundo éxito en más de un sentido. A continuación se refieren éstas a grandes rasgos y en orden cronológico.

La primera gran batalla de la División del Norte bajo las órdenes de Villa fue la toma de Torreón. Esta ciudad se encontraba fuertemente resguardada y había ocasionado muchas bajas al

ejército de Venustiano Carranza, quien intentó tomarla sin éxito debido a la falta de disciplina de las tropas.

Torreón era la oportunidad de apoderarse de Chihuahua, ya que todos los refuerzos que llegaban del centro del país pasaban por esa ciudad. Además tendría acceso a los recursos suficientes para que Villa armara a su gente y colocara bajo su mando un contingente de entre seis u ocho mil hombres (Katz, 2000:251). Para ello había que superar muchos obstáculos, entre ellos la falta de experiencia en este tipo de operaciones, la carencia de artillería pesada y el famoso desorden de sus tropas, se decía.<sup>5</sup> Significaba también la oportunidad para los federales de desaparecer el comando central de la División del Norte. El movimiento federal tenía este superobjetivo, además de defender la ciudad.

Al grito de "¡Viva Villa!", el Centauro tomó Torreón. La operación disciplinada que Villa comandó el 30 de septiembre de 1913 avanzó en bloque durante la refriega hasta la madrugada, y logró que los federales se replegaran al cañón del Huarache y el cerro de Calabazas. Todos los frentes villistas reportaron avances; entonces, el 1º de octubre a las 9:00 de la noche, arremetió la División con más fuerza, y media hora más tarde cayó Torreón en manos de los revolucionarios. Las bajas de los federales fueron de 232 muertos y 109 prisioneros. En las filas revolucionarias se lamentaron 18 muertos y 42 heridos.

El carácter disciplinario de Villa permitió que el éxito de esta batalla fuera rotundo. Los antiguos saqueos por parte de los revolucionarios en otras plazas aquí no se vieron; se castigó el pillaje.

Una vez en Torreón, Villa decidió, como lo había hecho en 1911, tomar Ciudad Juárez. Esta empresa era sin duda muy complicada por la posición de la ciudad fronteriza, podría haber bajas, podría ser emboscado por dos columnas y quedar atrapado en una pinza.

El general Villa decidió atacar, y para ello sometió un tren que transportaba carbón y se dirigía de Ciudad Juárez a Chihuahua. Amagó al telegrafista y lo obligó en todas las estaciones a dar

<sup>5</sup> La División del Norte contaba nada más con dos cañones Mondragón de 75 mm, una ametralladora, tres cañones de manufactura nacional, una ametralladora Rexer y dos fusiles Rexer, dos cañones Schneider-Cannet, 532 máuseres con 150 000 cartuchos útiles, y 300 granadas (Langle, 1961:45).

su reporte al Estado Mayor, en el que decía que un grupo de villistas se encontraban en las próximas estaciones. El maquinista recibió la orden de volver a Juárez. Pancho Villa abordó el tren junto con dos mil hombres. En cada estación fue confirmándose el regreso sin obstáculos del tren que en Ciudad Juárez creían a salvo. La noticia de que dos noches atrás Villa había rodeado la ciudad de Chihuahua permitió a los oficiales federales descansar, parecía demasiado lejos el general Villa; sin embargo, a las dos de la mañana, dentro del tren, llegaban hasta los patios de la Central Mexicana en Juárez dos mil elementos de la División del Norte. Salieron del tren y llegaron al corazón de la ciudad. Antes de esto no se disparó una sola bala. Todos en Juárez dormían. A las cuatro de la mañana se tomó el fuerte y a las cinco ya estaba rendida la ciudad. Villa había tomado Juárez otra vez (Katz, 2000:261).

Frederich Katz atribuye el triunfo de Villa en la toma de Juárez a la suerte y el ingenio. Los periódicos extranjeros elogiaron sin mengua la hazaña del Centauro del Norte. Se conoció el hecho en todo el mundo. La prensa refirió la noticia con admiración. La fama de la División del Norte y de Francisco Villa creció.

A pesar del triunfo, el general Villa no pudo continuar hacia el sur, ya que corría el riesgo de quedar aislado. El ejército del noroeste que dirigía Álvaro Obregón estaba muy distante y su avance era lento (Langle, 1961:48). Los federales debían recibir refuerzos, el alto mando del ejército federal ordenaba al general Salvador Mercado reorganizar sus fuerzas e intentar recuperar Juárez.

El 24 de noviembre de 1913 se avistaron ambas fuerzas en Tierra Blanca, a unos treinta kilómetros de Ciudad Juárez; se inició el fuego en la tarde y duró hasta el día siguiente al medio día. La línea de combate se extendió aproximadamente en veinte kilómetros. Los federales que lograron salvarse se retiraron a Chihuahua.

Estas primeras tres batallas, dijo el general Juan Barragán Rodríguez, fueron “una campaña verdaderamente fabulosa: asalto fulminante a Torreón, sitio de la ciudad Chihuahua; audaz captura de Ciudad Juárez; y espectacular victoria de Tierra Blanca” (Barragán citado por Langle, 1961:50).

Más adelante, la División del Norte atacó la guarnición de federales en Ojinaga. Villa, junto con Maclovio Herrera, bajo las órdenes del general Natera, atacaron en dos columnas con tanto

vigor que los federales casi no opusieron resistencia. La plaza fue ocupada el 10 de enero de 1914.

Los federales, al saber que Villa no se encontraba en Torreón, decidieron recuperar la ciudad, al resguardo del general Calixto Contreras, que viendo la superioridad numérica de los efectivos federales, dejó la plaza sin oponerse.

Francisco Villa regresó a recuperar Torreón. Las fuerzas federales de Huerta sumaban más de doce mil efectivos. Villa ordenó destruir las vías que comunicaban Saltillo con Paredón y las que comunican con Zacatecas, así los federales no recibirían refuerzos. Hecho esto, Villa y la División del Norte, con unos ocho mil quinientos efectivos y una artillería de 29 cañones, partieron rumbo a Torreón utilizando las vías férreas. Sin contratiempos, llegaron a Bermejillo y tomaron por sorpresa y sin resistencia el mando. El general Tomás Urbina tomó Mipimí sin resistencia. Durante tres días y tres noches estuvieron repeliendo el fuego enemigo en diferentes puestos. Recuperaron Torreón. Entraron triunfantes los generales de la División del Norte: Maclovio Herrera, Orestes Pereyra, Eugenio Aguirre Benavides, el coronel Raúl Madero, el general Tomás Urbina, José Rodríguez, los generales González y Almeida, Felipe Ángeles, todos bajo el mando del general supremo Francisco Villa. En el ataque simultáneo, entraron en acción seis mil hombres, que aumentaron a diez mil para el ataque final.

En cuanto a la toma de Zacatecas, ésta se vio contrariada por una serie de telegramas entre el general Villa y Venustiano Carranza. Éste, al ver la fuerza y fama de Villa, deseaba desarticular la División del Norte y solicitó que sólo una fracción de ella, unos tres mil o cinco mil hombres, marcharan hacia Zacatecas, para así demostrar que no sólo Villa podía derrotar al ejército huertista. Con el apoyo de todos sus mandos superiores, la División del Norte, bajo las órdenes del general Villa, salió rumbo a Zacatecas finalmente. Se había puesto de manifiesto la fractura entre Carranza y Francisco Villa.

Finalmente, el 23 de junio de 1914, a las 10:00 de la mañana, abrió fuego la División del Norte en Zacatecas, y para las 18:45 (Langle, 1961:93) de ese mismo día ya se había tomado la ciudad. Esta eficacia contundente del ejército de Villa nuevamente lo colocaba en los titulares del mundo como el "Napoleón mexicano". La toma de Zacatecas dio fin al huertismo.

El general Francisco Villa tenía el control de los estados de Chihuahua, Coahuila, Durango y Zacatecas. La estrategia militar adoptada y el cuidado minucioso del Centauro con sus tropas hicieron de la División del Norte, el ejército más poderoso de la historia de la Revolución mexicana, y se le otorgó el reconocimiento mundial del pasado reciente, tal como aparece en los siguientes ejemplos:

En la guerra civil española, una de las brigadas republicanas más distinguidas [...] se llamó *Pancho Villa*.

Una de las columnas que se significaron a lo largo del camino de Yenán, obedecieron órdenes de Mao Tse-tung, fue bautizada con el nombre de "*Brigada General Francisco Villa*".

Los nicaragüenses que se duelen todavía del asesinato de su caudillo César Augusto Sandino, lo nombraban "su" *Pancho Villa*; y los primeros contingentes que se organizaron para liquidar a las tropas coloniales francesas y que tomaron Dien Bien Phu [...] construyeron el que se identificó como batallón de avanzada "*Pancho Villa*" [Gómez, 2004:62].

## EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE FRANCISCO VILLA

Mientras que el general Villa luchó a favor de la Revolución, primero en el movimiento maderista y más tarde en el constitucionalista, se encuentran datos al respecto, pero al presentarse la lucha entre el primer jefe Constitucionalista [Venustiano Carranza] y el ex jefe de la División del Norte [Francisco Villa], la investigación toma un tinte oscuro en lo que se refiere a las acciones villistas, sobre todo si se trata de triunfos de estas fuerzas, debido [...] a que en los Archivos de la Defensa Nacional no existe expediente personal del citado [Langle, 1961:8].

Así explicaba, en 1961, Arturo Langle Ramírez, evidenciando un hecho que hasta el día de hoy sigue ocurriendo en el discurso, la historia y la historiografía nacional.

Tal como puede advertirse, este apartado intenta abonar la discusión y comprensión de Francisco Villa, no sólo dentro de la Revolución mexicana, sino a lo largo de su vida. Finalmente, se abordará el pensamiento político-ideológico de Francisco Villa,

que, si bien no siempre fue acertado, fue consistente, cuestión que hasta el día de hoy también se le escatima.

### *Biografía*

Pero que todos ellos, amigos y enemigos, conozcan al Francisco Villa de verdad, al de carne y hueso, el de nervios y sangre y corazón y pensamiento, que ni es el hombre-fiera que pintan los enemigos del pueblo, atribuyéndome una insaciable sed de sangre, de pillaje y de exterminio, y acaudillando unas hordas desenfrenadas de brigantes, ni es tampoco el súper-hombre que quisieron encontrar en esta época de seres, normales, de hombres como todos, los que encariñados con el forjamiento de ídolos populares, no ven que ante las aras de esos falsos ídolos se sacrifica estérilmente la sangre de los pueblos. ¡Ni hombre-fiera, ni súper-hombre! ¡Hombre nada más! [Francisco Villa citado por Villa y Villa, 2003:307].

Pancho Villa nació en el norte de país, el 5 de junio de 1878, en La Coyotada, Río Grande, partido y municipio de San Juan del Río, Durango; su nombre fue José Doroteo Arango Arámbula. Hijo de peones, no recibió educación y ayudó con innumerables tareas al sostenimiento familiar. Pasó su infancia en la miseria de los desiertos norteños. Fue peón de labranza desde los doce años. Pancho Villa cuenta que “la tragedia de mi vida comienza el 22 de septiembre de 1894”. Con apenas dieciséis años, en defensa de una de sus hermanas, hiere de un balazo al arrendador de un anexo de la hacienda Santa Isabel de Berros, Agustín López Negrete, quien pretendía deshonorar a la joven. Así, Doroteo se convierte en prófugo de la justicia a tan corta edad.

A partir de este momento, su vida es errante en los desiertos, huyendo perpetuamente entre las intrincadas serranías. Después de mucho seguirle las huellas, la *acordada* al fin lo topó.<sup>6</sup> Fue sorprendido por tres hombres armados que lo entregaron en la cárcel para que cumpliera ahí su sentencia mortuoria. Villa sería fusilado. Así había resuelto el gobierno de Durango. Agustín López Negrete sería vengado.

<sup>6</sup> *Acordada* es el término que se empleaba comúnmente para denominar a la policía rural.



Villa, que era un hombre audaz, al saberse condenado injustamente planeó la fuga, y cuenta en sus memorias que,

A eso de las diez de la mañana del día siguiente, me sacaron de mi encierro para que moliera un barril de nixtamal.

Vi el momento de emprender la fuga: sin más arma que la mano del metate, me eché sobre los hombres de la guardia; cayó el centinela y yo salí de la cárcel en fuerza de carrera, trepé a escape el cerro de Los Remedios que está a espaldas de la cárcel; cuando avisaron al jefe de la policía, ya era tarde para darme alcance... [Francisco Villa citado por Villa y Villa, 2003:318)].

Para evitar ser atrapado, el joven Doroteo Arango cambió su nombre por el de Pancho Villa, para así despistar a la *acordada*. Dice el general: “[...] resolví, mejor que ocultarme bajo otro nombre cualquiera, restaurar el que realmente me correspondía, y me hice llamar, con toda justificación, Francisco Villa” (Torres, [s.a.]:8).

De sus andanzas por las montañas, Pancho Villa se vinculó con un grupo de bandoleros comandado por Ignacio Parra y Jesús Alday, tan perseguidos éstos como Doroteo Arango. Ignacio Parra se dedicaba al abigeo.<sup>7</sup> Elías Torres dice que fue en esa sociedad que conoció a Tomás Urbina y Manuel Vaca Valles.

El abigeato fue delito durante el Virreinato y durante los primeros años de Independencia en el país. Los hacendados enviaban hombres fuertemente armados en busca de animales cerreros que, a fuerza de hierro, se sellaban como propios. Eran animales arrancados a la selva; es decir, los animales eran de quien los cogía y sellaba. Pero cuando Francisco Villa se dedicó a esta actividad para sobrevivir, ya era considerado delito. Estaba prohibido que tomara de los campos abiertos animales para su consumo y venta.

Luis Terrazas era dueño de más de la mitad del estado de Chihuahua y consideraba como de su propiedad también todos los animales que nacían en esas tierras y se criaban en estado salvaje, por lo cual empezó a perseguir a los que osaban llevarse una res o un caballo. John Reed dice de Villa: “Arreó millares de cabezas de ganado de los Terrazas y las llevó a través de la frontera. Caía

<sup>7</sup> Ladrón de ganado.

en una mina en bonanza y se apoderaba del oro o plata en barras, cuando necesitaba maíz asaltaba el granero de algún rico" (Reed, 2004:146).

Francisco Villa, convertido entonces al abigeo, corrió muchas aventuras. Se enfrentó en distintos terrenos contra la *acordada*, matando a más de uno para lograr huir. No lo dejaban en paz; ahí donde estuviera, tarde o temprano se acercaban. No tenía reposo. Comía lo que de suyo daba el campo y a veces "sólo carne asada sin sal". Durante estos años duros de persecución, insomnio, soledad, amargura, se fue forjando el carácter indómito, valeroso, decidido de Francisco Villa. Así comenzaba su entrenamiento revolucionario. Estos años fueron decisivos en su formación como guerrillero y más tarde como general de la División del Norte.

"Villa, enfurecido al saber de la miseria de los peones en la hacienda de los Álamos, reunió una pequeña banda y cayó sobre la casa grande, la cual saqueó, distribuyendo los frutos del pillaje entre la gente pobre" (Reed, 2004:146).

Pese a todos sus esfuerzos, nunca le es posible ganarse la vida honradamente, siempre existen impedimentos, los federales, las corruptelas. Todo lo avienta a seguir por la ruta del abigeo.

Pasados los años, la fama de Francisco Villa era lo suficientemente amplia como para llamar la atención de un hombre clave en la vida del guerrero: don Abraham González,<sup>8</sup> quien con inteligencia se acerca a Francisco Villa para proponerle que se una a la causa revolucionaria en 1910. Pancho Villa tenía apenas 32 años.

Martín Luis Guzmán le da voz a Villa para referirse a estos encuentros con Abraham González:

Allí comprendí una noche cómo el pleito que desde años atrás había yo entablado con todos los que explotaban a los pobres, contra los que nos perseguían, y nos deshonraban, [...] podía servir para algo bueno en beneficio de los perseguidos y humillados como yo, y no sólo para andar echando balazos en defensa de la vida, y la libertad, y la honra [...] Allí entendí, sin que nadie me lo explicara, pues a nosotros los pobres nadie nos explicaba las cosas, cómo es que nom-

<sup>8</sup> Abraham González fue miembro del Partido Antirreeleccionista y gobernador de Chihuahua.

bran patria y que para mí no había sido hasta entonces más que un amargo cariño por los campos, las quebradas y los montes donde me ocultaba, y un fuerte rencor contra casi todo lo demás [Guzmán, 1998:39-40].

Villa, convencido de la causa de la Revolución, se dio a la tarea de juntar quince hombres de su entera confianza para el levantamiento, de acuerdo con el Plan de San Luis, promulgado por Francisco I. Madero.

El 17 de noviembre de 1910 emprendió la marcha a la Sierra Azul. A partir de este momento, Francisco Villa encabezaría una de las fuerzas que determinaría, tras la toma de Ciudad Juárez, el 10 de mayo de 1911, el derrocamiento de Porfirio Díaz y el asenso a la presidencia de Francisco I. Madero al lado de Pascual Orozco. Villa se retiraría a la vida privada por un breve espacio de tiempo.

Pascual Orozco se levantó contra Madero y fue vencido por Francisco Villa y su ejército. Victoriano Huerta lo acusó de insubordinación, pretendió fusilarlo y fue llevado preso a la cárcel en la ciudad de México, en Santiago Tlaltelolco, de donde se fugó hasta llegar a Estados Unidos. Tras el asesinato del presidente Madero y la usurpación del poder por Victoriano Huerta, se levantó en armas al frente de la famosa División del Norte.

Como general en jefe de la División del Norte tomó la ciudad de Torreón, después, nuevamente, como en la revolución maderista, tomó Ciudad Juárez, con lo que derrotó por completo al ejército de Huerta, que se exilió a Estados Unidos.

Con el Plan de Agua Prieta fue desconocido el gobierno de Venustiano Carranza, y Villa lo combatió en Celaya y León.

Villa se rindió en 1919, se retiró a vivir en la hacienda El Canutillo. Fue asesinado en 1923.

Pancho Villa no sabía leer ni escribir, pero decidió aprender, siempre había querido hacerlo. Reed dice que no se quedó lamentándose de su ignorancia sino que se empeñó en aprender. Y aprendió. Testifica John Reed que Francisco Villa aprendió a leer durante la etapa maderista en la cárcel en Santiago Tlaltelolco; y se disputan la enseñanza de Villa, Bernardo Reyes y G. Magaña.

*La participación de Francisco Villa en la Revolución Mexicana*

Al principio del siglo xx se empezó a desarrollar la ideología que hizo posible la preparación y, en su oportunidad, el éxito de la campaña electoral de Francisco I. Madero. Es decir, no hubiera bastado para triunfar tan sólo su inquebrantable voluntad, el valor ni los argumentos (Valero, 1970:89-116). Fue necesario tomar las medidas que involucraran a la gran mayoría, al pueblo.

La visión adelantada de Abraham González permitió elegir a Francisco Villa antes que los federales le hicieran una oferta de "borrarle las cuentas pendientes a cambio de que se sume a la lucha armada" contra los antirreeleccionistas, lo cual es clave.

Fue necesaria la convergencia de todos los antecedentes sociales de descomposición configurados en Pancho Villa para alcanzar la victoria: derrocar al viejo Porfirio Díaz.

Todos en el norte sabían más o menos, ya sea de cerca o de lejos, quién era ese bandido Pancho Villa, o les había quitado algo o les había dado algo. La circunstancia desesperada de la población lo hacía más bien atractivo a ésta. La lucha de Villa, se sabía, estaba en contra de la injusticia. Había pues un hombre que simbolizaba la circunstancia vivida, pero con la enorme diferencia de haber triunfado, o casi, sobre su causa.

Francisco Villa permea a sus conciudadanos de la posibilidad de triunfar en contra de la opresión. Madero es sólo un agente que, como apunta Lorenzo Meyer es "una grieta en la presa", que pone en los ojos del mundo a México: está en gestación la primera revolución del siglo xx. Él u otro habrían dado ese golpe final. Antes, se sabe, hubo muchos que habían golpeado la pared, a él le toca "derribarla" con un gesto inocente: el llamado a un levantamiento armado al que apenas unos cuantos se sumaron de hecho.

Cuando Pancho Villa convoca al levantamiento, a la unión de fuerzas, salen a los caminos todos los hombres y las mujeres sumándose. Villa hace contacto con el pueblo. John Reed dice que Villa escuchaba a todos, pero que al final él era quien decidía.

El triunfo de las armas revolucionarias en los Tratados de Ciudad Juárez (21 de mayo de 1911) para la renuncia de Díaz, el reconocimiento internacional de la revolución triunfante, hicieron que el pueblo creyera que la anhelada victoria iba a servir para

beneficiar a todos, y que la justicia social era un hecho. Es decir, seguramente ese porvenir soñado era asequible. Pronto el sueño se desvaneció.

La nueva aparición de Pancho Villa fue necesaria de manera permanente. Cada una de las batallas que dio fueron porque los documentos firmados, los discursos, eran violentamente rebasados por las acciones de los porfiristas acomodaticios, que se veían afectados en sus intereses.

Al "triunfar" Victoriano Huerta, en el país volvieron las cosas al estado que guardaban antes de la victoria revolucionaria y democrática de Madero y Pino Suárez. Por tanto, volvió a imperar el viejo régimen.

En efecto, en vez de enviar a luchar a los mexicanos alistados contra las fuerzas norteamericanas a Veracruz, los envió al norte para tratar de repeler a Francisco Villa, quien venía al mando de la División del Norte por el centro del país; a Álvaro Obregón, quien avanzaba por el noroeste al mando de sus fuerzas y de muchos yaquis, y a Pablo González, quien atacó por el noreste de México. [...] Pero fue la gran revolución nortea, iniciada con el Plan de Guadalupe, la que con el tiempo volvió a hacer imperar el régimen revolucionario y derrocó a aquel gobierno usurpador [Valero, 1970:89-116].

La decisión de Francisco I. Madero de violentar al zapatismo, del que había tenido el apoyo, es una muestra de que la revolución de Madero no era la de Villa, como tampoco fue la de Carranza ni la de Obregón ni la de Calles ni de ningún otro, incluido Zapata.

La participación de Francisco Villa en la Revolución mexicana es, sin lugar a dudas, la diferencia total entre su triunfo y su fracaso. La Revolución triunfa cuando Villa lucha, fracasa cuando se pacta. Fueron los hombres pertenecientes al régimen vencido por la Revolución los que calcularon mejor los pasos políticos y arrebataron aquel triunfo que no les pertenecía. Villa nunca claudicó en sus demandas ni en las acciones que dieran cumplimiento a la Constitución de 1917. Como reconoce Nellie Campobello:

Al acercarme a través de la historia a los hechos de armas de los grandes generales del mundo, encuentro situado a Francisco Villa como el único genio guerrero de su tiempo, uno de los más grandes

de la historia; el mejor de América y después de Gengis Kan, el más grande guerrero que ha existido [Campobello, 2007:203].

La Revolución Mexicana, sin el general Francisco Villa, no se puede entender como el proceso social que vislumbró la esperanza de forjar un país mejor, más equitativo y menos lacerante.<sup>9</sup>

### *Acciones concretas del ensamiento político de Francisco Villa*

La idea que Venustiano Carranza tenía sobre la participación del general Villa en la vida política del país es el reflejo de muchos; aquél declaró alguna vez a John Reed que “Villa no debe intentar mezclarse en los asuntos de gobierno porque, desde luego, sabe usted, es sólo un peón ignorante...”. Sin embargo, el pensamiento político de Villa ya se había incluso materializado más de una vez, pese al concepto en que lo tenían.

El general Francisco Villa tuvo la oportunidad de ser gobernador del estado de Chihuahua y, en unas cuantas semanas, puso a prueba todas sus teorías de cómo se debía gobernar, cómo era que la vida del pueblo se vería realmente beneficiada.

La toma de Ciudad Juárez para Madero le dio la oportunidad de impartir justicia, tierra, libertad y goce de todo el fruto de la labor a quienes encontraba a su paso en esos poblados. Instauró nuevas autoridades “no corruptas”, orden; prohibió el consumo de alcohol, el pago de las deudas y el castigo al pillaje, entre otras.

El peón ignorante del que hablaba Carranza tenía una política educativa que llevar a cabo en cada rincón del estado.

Estas son algunas acciones concretas del general Villa que denotan su pensamiento político:

- El general Villa expulsó del estado a los extranjeros que habían intervenido en los asuntos internos de México.
- Abarató el precio del frijol, el maíz y la carne.

<sup>9</sup> Nota introductoria para la publicación de *Obra reunida* de Nellie Campobello, *La Jornada*, [<http://www.jornada.unam.mx/2007/11/20/index.php?section=opinion&article=a05a1cul>].

- Expropió haciendas, ganado y empresas privadas, las transfirió al gobierno del estado y las dedicó al cumplimiento de una función social.
- Estableció un severo control de precios, que fijó por decreto.
- Persiguió a los especuladores y acaparadores.
- Construyó más de cincuenta escuelas.
- Puso en práctica una política de ocupación.
- Reorganizó los servicios telegráficos y los ferrocarriles.
- Embargó los bienes de los comerciantes y empresarios que encontró culpables de delitos “contra el pueblo y la Revolución”.
- Repartió entre los campesinos tierras que habían sido propiedad de grandes latifundistas.
- Expropió residencias de los enemigos de la Revolución y las adjudicó a los campesinos, a los trabajadores y a soldados de la División del Norte.
- Ejecutó sumariamente a cuantos encontró culpables de delitos políticos.
- Expropió bienes bancarios y los puso a disposición del gobierno estatal.
- Puso a todos sus soldados a trabajar en tareas productivas.
- Inauguró la primera estación telegráfica de la frontera.
- Fomentó la agricultura y la ganadería.
- Estableció, por decreto, la confiscación de bienes por razones de utilidad pública.
- Estableció el banco del estado.
- Reguló toda la vida administrativa y social del estado.
- Emitió su propia moneda, que alcanzó respecto al dólar una cotización superior a la moneda nacional.
- Proyectó la instalación de colonias agrícolas (Pierri, 2006:72-73).
- Impulsó la Ley agraria (Contreras y Tamayo, 1990:105-110).

Es necesario revisar todas estas acciones y leyes que impulsó para determinar sus alcances y su trascendencia en la vida social; sin embargo, los enunciados dejan ver lo que importaba y la manera inteligente de hacerlos realidad para la mayoría.

## CONCLUSIONES

De manera general, podemos concluir, ante las preguntas planteadas al comienzo de esta aventura, que encuentro algunas respuestas francamente tristes y nuevas interrogantes. Concluyo que los procesos históricos se construyen a veces de manera paralela al discurso histórico que los refiere. Por otra parte, comprendo que los movimientos armados no son tales, sólo porque así se les nombre. Las revoluciones tampoco aparecen y desaparecen porque alguien lo decida. Éstas son fuerzas sociales que entran en pugna debido a intereses específicos; no siempre resulta ganador el que la lógica, la razón o la justicia nos indica, sino los que, lamentablemente, son más sagaces para el combate militar y político. La Revolución mexicana es prueba de ello.

La Revolución mexicana fue un movimiento armado que costó la vida de más de un millón de habitantes y la emigración de al menos quinientos mil de ellos a Estados Unidos; fue un levantamiento armado complejo y lleno de intereses públicos y privados.

De ésta se forjó un documento político que avala los logros y acuerdos, la concepción de país que los hombres y las mujeres de su tiempo desearon. La Constitución de 1917 es la suma del fenómeno armado, resultado de éste, pero también expresión de los deseos y anhelos de una sociedad deseosa de tomar las riendas de su destino en sus manos. El documento fue ejemplo de madurez y civilidad política.

De manera particular, puedo concluir que el suceso armado estuvo lleno de contrastes tanto políticos como ideológicos, observados mediante la reconstrucción histórica de la División del Norte y el análisis de la labor e ideología de Francisco Villa, que a su vez representó la ideología de grupos sociales sin nombre ni rostro.

En cuanto al general Francisco Villa puedo advertir hechos singulares, es decir, circunstancias sociales que operan y hacen posible generaciones y hombres como los que hicieron la Revolución mexicana; advierto que su ocultamiento, la constante (incluso en nuestros días) crítica o maniqueísmo del general opera por miedo, cautela o aprendizaje, según se le quiera ver. Es decir, que de la Revolución mexicana, no sé quién aprendió más: si el pueblo o la oligarquía.



Me explicaré mejor, por ejemplo: factor decisivo para las batallas de Villa fueron las líneas ferroviarias, luego de esto el Estado, sea una excusa u otra, las desmanteló paulatinamente hasta desaparecer (o bien ser vendidas por el ex presidente Ernesto Zedillo a una empresa extranjera). Luego de la Revolución se crearon sindicatos y un marco jurídico para la clase trabajadora, los cuales, luego del ascenso del neoliberalismo en México (1982), han sido desmantelados sistemáticamente, con los casos más graves ocurridos, como hace cien años, a los trabajadores mineros del país.

Luego de la participación poderosa de Francisco Villa en la Revolución, las clases privilegiadas fueron casi devastadas y, como el Ave Fénix o algunos partidos políticos en el poder, han resurgido de sus cenizas. Como entonces, son muchos los pobres y unos cuantos los ricos. Como entonces, las condiciones salariales y de trabajo mantienen a millones de mexicanos en la pobreza extrema y en la ignorancia.

Asimismo, considero fundamental la tarea del historiador en el desarrollo y futuro de todo pueblo. La construcción del discurso histórico no debe estar supeditada a intereses particulares o ideológicos, sino al rigor objetivo al que toda ciencia aspira. Dada la coyuntura del México presente, la tarea del crítico, del historiógrafo, del analista, se hace urgente para traernos a cuenta nuestro pasado reciente y proponer salidas ante las circunstancias.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer (2005), *A la sombra de la Revolución Mexicana*, Cal y Arena, México.
- Bulnes, Francisco (1920), *El verdadero Díaz y la Revolución*, Editora Nacional, México.
- Campobello, Nellie (2007), *Obra reunida*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Contreras, Marco y Jesús Tamayo (1990), *Antología. México en el siglo xx, 1913-1920. Textos y documentos*, tomo 2, Colegio de Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México/Colegio de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, México (Lecturas Universitarias, 22).

- Cockcroft, James D. (2005), *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México.
- Gilly, Adolfo (2008), "Felipe Ángeles, sueños de gloria, historias de soledad", *Letras libres*, México, [<http://www.letraslibres.com/index.php?art=13121>], fecha de consulta: 28 de marzo de 2010.
- Gómez, Marte R. (2004), *Pancho Villa. Un intento de semblanza*, Fondo de Cultura Económica, México.
- González Ramírez, Manuel (1974), *Planes políticos y otros documentos*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Guzmán, Martín Luis (1998), *Obras completas*, vol. II, Fondo de Cultura Económica, México.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) (1986), *La Revolución Mexicana. Atlas histórico*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México.
- Katz, Friederich (2000), *Pancho Villa*, vol. I, Era, México.
- Langle Ramírez, Arturo (1961), *El ejército villista*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Madero, Francisco I. (1911), "Discurso", *Nueva Era*, núm. 86, 24 de octubre, México, pp. 1-2.
- Meyer, Jean (2004), *La Revolución Mexicana*, Tusquets, México.
- Meyer, Lorenzo (1987), *Revolución y sistema. México entre 1910 y 1940*, Secretaría de Educación Pública, México (Cien de México).
- (2001), "Febrero de 1913", *Diario de Yucatán*, México, [<http://www.yucatan.com.mx/especiales/revolucion/rev2>], fecha de consulta: 10 de marzo de 2010.
- Pierrri, Ettore (2006), *Francisco Villa*, Editores Mexicanos Unidos, México.
- Pineda Gómez, Francisco (2005), *La revolución del sur (1912-1914)*, Era, México.
- Reed, John (2004), *México insurgente*, Océano, México.
- Silva Herzog, Jesús (1980a), *Breve historia de la Revolución Mexicana. Los antecedentes y la etapa maderista*, Fondo de Cultura Económica, México (Colección Popular, 17).
- (1980b), *Breve historia de la Revolución Mexicana. La etapa constitucionalista y la lucha de facciones*, Fondo de Cultura Económica, México (Colección Popular, 17).
- Terrazas, Silvestre (1984), *El verdadero Pancho Villa*, Era, México (Problemas de México).
- Torres, Elías [s. a.], *Vida y hazañas de Francisco Villa*, El Libro Español, México.
- Valero Silva, José (1970), "La Decena Trágica", *México. Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, vol. 3, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Villa, Guadalupe y Rosa Helia Villa (2003), *Pancho Villa. Retrato autobiográfico, 1894-1914*, Taurus/Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Womack Jr., John (1976), *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México.

